

no, ¡perezcan los tiranos! respondieron á una voz todos los diputados aplaudiéndole con entusiasmo. Robespierre se arrojó á la tribuna; Tallien le disputó la palabra, y toda la Convencion gritó con transporte ¡fuera el tirano!

Tallien llevó al colmo la indignacion contra Robespierre, haciendo un espantoso cuadro de la sesion de los jacobinos del dia anterior. « He visto, gritó, el ejército del nuevo Cromwel formarse, y me he armado con un puñal para pasarle el corazon, si la asamblea no tiene valor de decretar su acusacion. » A la vehemencia de este apóstrofe, añadió algunas palabras de paz y de reconciliacion. Se irritó contra el tribunal revolucionario y sus atroces procedimientos, y concluyó reclamando la permanencia de la Convencion

nacional, el arresto del commandante general Henriot y de su estado mayor. Hubo otras sesiones en seguida, se pidió el arresto de Dumas, presidente del tribunal revolucionario, y de otros muchos oradores de los jacobinos, y estas proposiciones, asi como las de Tallien, fuéron adoptadas.

Robespierre quiso volver á tomar la palabra, y se le negó de nuevo por las voces de ¡Fuera el tirano!... Las acusaciones continuáron. Robespierre insistió en responder á sus denunciadores, y siempre los mismos gritos de ¡Fuera el tirano! le cerráron la boca.

Barère fué llamado á la tribuna. Pronunció un largo discurso, en el que se vió claramente que, incierto del partido que debia triunfar, trataba de contemplarlos todos. Dijo mucho bien

de sí mismo, alabó la comision de salud pública, y no se atrevió aun á acusar á Robespierre. Se propuso por todas partes una proclama al pueblo frances, y el cobarde orador del gobierno redactó apresuradamente un proyecto, que podian aprobar igualmente todas las facciones; pero otros diputados habian ya visto que el idolo estaba derribado, y no se trataba ya sino de degollarle. Sus mas frecuentes aduladores viniéron á acusarle y deshonorarle. La verdad tanto tiempo profanada se hizo al fin entender, y no habia ya peligro en proclamarla. Un representante obscuro, Louchet, conocido únicamente por su exaltacion revolucionaria, se atrevió entónces á pedir el decreto de arresto contra Robespierre, y Hozeau propuso el de acusacion.

Robespierre, habiendo perdido la esperanza de hacerse oír, interrumpió la discusion con gritos los mas violentos, y llenó de injurias á Thuriot, que presidia, llamándole en alta voz, *presidente de bandidos*; suplicó á su fiel montaña, y viéndose rechazado, volvió humildemente á la llanura, en donde se sentaban aun los compañeros desgraciados de las víctimas del 31 de mayo. « A vos, les dijo, hombres sin mancha, es á quienes me dirijo, y no á estos malvados. » Pero despreciaron su súplica, con la indignacion que hacia mucho tiempo les habia inspirado. De las súplicas pasó á las amenazas, y buscó alternativamente enternecer la asamblea y gobernarla de nuevo por el terror. ¡ Que! ¿mandará siempre este hombre en la Convencion?

preguntó Carlos Duval con indignacion , y gritando ; *fuera el tirano !* y se le respondió , *vótese el decreto de acusacion.*

Robespierre , jóven , trató de defender á su hermano: «Sise le condena, dijo , quiero sufrir su suerte ; soy tan culpable como el, pues he tenido parte en sus virtudes.» Este sacrificio fraternal era digno de estimacion. Cualesquiera que sean los excesos cometidos por el hermano de Robespierre , salvó su memoria del oprobio , probando en él la atraccion del fanatismo ; pero en las facciones se admiran poco los actos de generosidad, y las pasiones no hacen uso de la razon. Se apresuraron á convertir en mocion la exclamacion de Robespierre el jóven, y todos pidieron que se pusiese á vo-

tos el decreto de acusacion contra los dos hermanos , y se pronunció con los mas vivos aplausos y gritos repetidos de ; *viva la Convencion ! viva la república !* tambien Lebas quiso tener parte en la suerte de sus amigos.

Fréron pronunció un largo discurso contra Saint-Just y Couthon , acusándoles de haber intentado la formacion de un triunvirato con Robespierre , y les vituperó los mayores crímenes , diciendo que querian subir al trono sobre los cadáveres de los miembros de la Convencion , y concluyó por pedir el decreto de acusacion contra *Couthon , Saint-Just y Lebas.* Esta mocion vivamente apoyada , fué puesta á votos , y adoptada unánimemente con aclamaciones. Se mandó á Saint-Just dejase sobre la mesa el manuscrito de

su discurso , y obedeció. Hubo otras denuncias contra los diputados sentenciados , y Robespierre las interrumpió aun con sus imprecaciones. *¡A la barra!...á la barra!...* gritaron inmediatamente , y los ugieres de la Convencion se prepararon á ejecutar el decreto. « Salgamos juntos, dijo entonces Robespierre á sus cómplices, esto hará mas efecto. » Se dispusieron á dejar el salon ; pero gendarmes y ugieres los condujéron á la comision de seguridad general, y la Convencion resonó con aplausos.

En seguida se suspendió por algunas horas esta borrascosa sesion, y los partidarios de Robespierre las emplearon en reconquistar el poder que se les escapaba de las manos.

Los jacobinos, las sesiones, y el ayun-

tamiento se reunieron, y el comandante general puso sobre las armas sus soldados. Todo anunciaba un nuevo catástrofe, y un nuevo 31 de mayo. La campana y la generala llamaron los ciudadanos á las secciones, y el consejo del ayuntamiento, reforzado por los emisarios de los jacobinos y los insurgentes del 10 de agosto , proclamó la insurreccion contra los opresores, que querian hacer perecer los defensores del pueblo. Se publicó una proclama ridícula , en la que se llamaba á las armas contra los enemigos del *incorruptible* Robespierre , el *virtuoso* Couthon, y el *generoso* Saint-Just. El general Henriot montó á caballo, recorrió los puestos, fué á las secciones, y animó los ciudadanos á la sublevacion, y habiéndose encontrado en esta carrera con dos representantes del pue-

blo, se empeñó entre ellos una lucha : Henriot habló á sus soldados en nombre del pueblo y del ayuntamiento, y los diputados les arengaron, á nombre de la Convencion. Los soldados titubeáron, algunos instantes; pero á muy luego, gritando; viva la Convencion! entregáron su general atado y agarrotado á los diputados, que le condujéron á la comision de seguridad general, en donde se encontró unido á Robespierre, y otros conjurados sentenciados de acusacion.

Entónces volvió á empezar la sesion, y se consagró el principio á la relacion de diversos acontecimientos, que acabamos de contar. La Convencion, instruida de la rebelion del ayuntamiento, le llamó á la barra, y esperó con tranquilidad la ejecucion de sus decretos;

pero no tardó en salir de su engañosa seguridad : Collot d'Herbois, su presidente, vino á advertir que la amenazaban nuevos y terribles peligros. Henriot, puesto en libertad, predicaba la sublevacion, y la asamblea estaba rodeada por fuerzas enemigas. « Llegó el instante de morir en nuestro puesto, dijo con una voz sombría el presidente. » Y la mas cruel agonía se dejó ver en todos los semblantes.

Los diputados proscriptos fuéron trasladados á diversas casas de detencion : en unas no quisieron recibirlos; en otras, no bien estaban inscriptos en el libro de entrada, cuando los agentes del ayuntamiento los pusieron en libertad, y se reunieron en la casa municipal para meditar de acuerdo su plan de ataque : pero la Convencion, vuelta de

su primer movimiento de espanto, no tardó en recuperar toda su energía. Puso fuera de la ley á Henriot, el ayuntamiento, y los diputados rebeldes; nombró á Barras, uno de sus miembros, gefe de la fuerza armada parisiense, y le diéron doce adjuntos de entre los diputados. Prohibió cerrar las barreras; puso fuera de la ley á todo funcionario público, que hiciese marchar tropas contra ella, y adoptó una exposicion de Barère al pueblo frances, en donde estaban bien representados los acontecimientos del dia, y la nueva lucha que acababa de empeñarse entre la representacion nacional y algunos facciosos.

A la media noche los diputados nombrados para velar por la seguridad de Paris viniéron alternativamente á

presentar su relacion á la asamblea, y Barras juró que respondia de la Convencion nacional, y muchos colegas diéron cuenta del buen espíritu de la capital. Por todas partes se habian unido á ellos los ciudadanos, gritando: *¡viva la Convencion, y caiga el tirano!* Fréron anunció que los artilleros despues de saber que Henriot estaba fuera de la ley se habian decidido á no obedecerle. « Todas las disposiciones estan tomadas, añadió, y vamos á marchar contra los rebeldes. » Tallien, á nombre de la Convencion, respondió á los comisarios: « Marchad, apresuraos, y que no salga el sol sin que haya caido la cabeza de los conspiradores. » Fué aplaudido con transporte.

A las dos de la mañana el ejército convencional formado en dos columnas, se

dirigió contra los sublevados. La **una** envistió al ayuntamiento, y la **otra** proclamó en la plaza de Greve el decreto que ponía fuera de la ley á los **conjurados**. Los artilleros se retiraron, y el tropel armado que encombraba la plaza, viendo esta desercion, titubeó. No tardó en disiparse una parte, y la **otra** gritando: *viva la libertad!* se colocó bajo las banderas de la Convencion. Los diputados, á la cabeza de algunos ciudadanos armados, entraron en la casa de ayuntamiento, y llegaron hasta el salon de las deliberaciones, sin encontrar resistencia, y el consejo sorprendido se creia aun dueño de los acontecimientos.

Los proscriptos refugiados en la casa de ayuntamiento habian organizado una comision ejecutiva, y un consejo de do-

ce. En lo demas, fuertes con el apoyo del general Henriot y los artilleros, creian estar al abrigo de un ataque pronto, y no pensaban sino en los medios de consolidar para lo venidero su poder mal asegurado. Redactaban proclamas para las ciudades y los ejércitos; dirigian acaso nuevas listas de proscripcion, cuando fueron despertados de su aletargado sueño por una realidad que los hacia de nuevo prisioneros de la Convencion; pero sin ninguna esperanza de libertarse de sus manos, á las que se entregaron sin ninguna resistencia.

Robespierre el mayor trató de hacerse saltar los sesos, pero su pistola no le quebró sino una parte de quijada. Lebas se suicidó, y Robespierre jóven se precipitó de la cornisa de la casa de ayuntamiento á la calle, sin poderse dar la

muerte. Henriot, tratando de huir cayó en una especie de sumidero cenagoso, de donde le sacaron para llevarle al suplicio. Couthon se encontró agazapado bajo una escalera, y todos fueron perseguidos, aprehendidos y conducidos á la prision. Robespierre pasó la noche tendido sobre una mesa, en uno de los salones de la comision de salud pública, sufriendo horriblemente con apariencias de resignacion y calma; al dia siguiente, 10 del termidor, pereció en el cadalso con su hermano, Couthon, Saint-Just, y diez y ocho municipales sus cómplices; y al inmediato, otros setenta individuos, todos municipales ó miembros del tribunal revolucionario, sufrieron la misma suerte. En estos dos dias, la Convencion decretó la purificacion de las comisiones populares, la

reorganizacion del tribunal revolucionario, y la renovacion de la comision de salud pública. El acusador público (Fouquier-Tinville), fué á su turno juzgado el dia 14; Barère anunció á la Convencion que sus órdenes se ejecutaban por todas partes sin obstáculo alguno, y que la tranquilidad se habia restablecido. Barras ofreció entónces la demision de su interino empleo de comandante general, que fué admitida; y la sesion, que estaba permanente desde el dia 9 del termidor, se levantó con aclamaciones de la asamblea y las tribunas.

De este modo concluyó este horroroso gobierno que par espacio de catorce meses espantó á Paris y toda Europa. Pocas horas y el valor de algunos hombres derribaron un coloso que la



coalicion europea y el odio que inspiraba no pudieron alterar. La Francia llenó de bendiciones este día; pero las facciones y los crímenes continuaron.

---



---

## SEGUNDA PARTE.

---

### LIBRO IV.

DESDE EL 14 DEL TERMIDOR AÑO II (1<sup>o</sup> DE AGOSTO DE 1794),  
HASTA EL 18 DEL FRUCTIDOR AÑO V.

---

#### CAPITULO PRIMERO.

§ 1<sup>o</sup>. Reflexiones sobre el régimen del terror.—Estado de los partidos en Francia, despues de la caída de Robespierre.

Habiendo recorrido los horrosos detalles del ser abominable del *terror*, se pregunta si la perversidad humana es mayor que lo que se habia creído, ó si la revolucion la ha hecho nacer de las semillas de vicios y crímenes que